



Hugo Rodríguez-Alcalá

1968

Cicatrices

La mujer me impresionó por su figura, por su elegancia y la tristeza de unos ojos grandes estriados de rayitas de oro. Tomó asiento frente a mi escritorio antes que la invitara yo. Sin sacarse los guantes blancos, las dos manos sobre una ancha cartera y ésta sobre la falda, habló rápidamente, sin ser interrogada.

-Mi marido y yo, doctor, nos llevamos bien; es un hombre honrado y cariñoso, como hay pocos. No tengo las quejas habituales. Es rico, es generoso, me permite una libertad que no me interesa aprovechar...

Por el lujo con que vestía, la calidad de las joyas -el collar, los aros, el prendedor sobre el pecho henchido-, era obvio que a esta esposa deslumbrante no le escatimaban el dinero. Quedó un instante callada, mirándome en los ojos, como si ahora esperase mi ayuda para continuar.

-Hábleme de usted, de lo que usted mejor recuerde -le dije, evitando aquella mirada un poco angustiada e insegura.

-Éramos tres hermanos, dos hermanos mayores y yo. Vivíamos en una casa, antigua, no lejos del centro. En el medio del patio había una fuente que no funcionaba ya. La fuente era el mejor adorno, además del aljibe y unas palmeras y un jazminero. Algo que [115]

nunca me explicaron pasó cuando yo tenía tres años. Un señor mató a tiros a mi padre, en una calle céntrica y, enseguida, con el último cartucho que la quedaba en el revólver se disparó en la sien derecha. ¿Por qué? Nunca se supo la razón. Se dijeron muchas cosas, ninguna muy clara y algunas absurdas.

Nuestra casa estaba hipotecada; al enviudar, mamá quedó pobre porque los negocios de papá no habían andado bien. Mamá, para casarse, había abandonado la universidad, el segundo año de medicina. Ahora resolvió volver a estudiar. Siempre había querido ser médica. Ahora iba a ser médica por necesidad.

Bajó la cabeza rubia y quedó en silencio. Algún recuerdo penoso la embargaba. Examinó mi consultorio. Clavó los ojos en la estufa eléctrica que parecía llena de brasas.

-¿Y? -pregunté.

-Teníamos dos tíos, hermanos de mamá. Tío Gervasio vivía en Concepción; tío Daniel en Piribebuy. Mamá arregló que nosotros tres fuéramos a vivir con el tío Gervasio. ¡Un hombre alto, duro, malo! En su casa había una mujer como él, dura, de pocas palabras, a no ser que se enojara. Sería la concubina, no sólo la cocinera del tío Gervasio. Ella trataba con desprecio. Mis hermanos y yo dormíamos en un cuarto de piso de ladrillo donde había tres catres y unas sillas de baqueta. Los otros cuartos y el corredor también tenían piso de ladrillo. En el patio de tierra colorada crecían guayabos, bananeros, y mangos. El cerco del patio tenía alambre de púas. Tío Gervasio tomaba mate todo el día si es que se quedaba en la casa. En el fogón de la cocina negra, la pava con agua caliente debía estar siempre lista. Él solía sentarse cerca del fogón, muy temprano, a veces antes de las cinco. Hacía que mi hermano [116] mayor, que todavía era chico, le cebara el mate. Bajo las hornallas del fogón se amontonaba la ceniza con trocitos de leña o de carbón todavía encendidos. Mi tío quería el mate caliente y bien cebado; la yerba debía renovarse cuando faltaba la espuma alrededor de la bombilla. Si mi hermano, medio dormido todavía, dejaba caer el mate porque el agua hirviente le quemaba la mano, mi tío le daba un bofetón, lo sacaba de la cocina de una oreja y llamaba a la mujer para reemplazar al cebador.

-¡Francisca, venga a cebarme el mate!

Mi hermano se echaba sobre su catre, llorando. Yo ya estaba despierta. De vez en cuando llegaban de Asunción noticias de mamá.

Acababa de aprobar un curso; dentro de dos, dentro de un año terminaría los estudios. Nos mandaba un canasto grande, lleno de golosinas, con una lona cosida a su abertura bajo el asa de mimbre. El tío Gervasio se apoderaba del canasto, le arrancaba la tapa de la lona con su cuchillo. Solía tocarme algún dulce, algún trozo de bizcochuelo.

Nos íbamos enterando de que mamá tenía éxito, de que era estudianta sobresaliente por encima de todos los demás en sus cursos, Ella, la pobre, nos ocultaba sus estrecheces. Ella tampoco sabía nada de lo mal que lo pasábamos en Concepción en casa de un tío cada vez más atrabiliario.

Nosotros jugábamos en el patio de tierra, trepábamos a los mangos y a los guayabos. Estaba prohibido trepar al guayabo cerca del pozo, porque sus frutas eran todas del tío Gervasio. Un día en que mis hermanos, con una tacuara larga, bajaban a tierra, cerca del [117] pozo, las guayabas grandes, maduras, rojas por dentro, del árbol prohibido, el tío Gervasio, que había ido a la estancia, llegó de pronto a caballo y entró en el patio. ¡Qué paliza con el rebenque de cabo de plata! Yo, temblando, me escondí en el galpón porque había probado una guayaba deliciosa. El tío Gervasio fue allí a buscarme, me encontró en un rincón, detrás de unas monturas; me olió en la boca la guayaba comida, y me dio unas cachetadas. Oía a sudor, a caña, a tabaco.

-Era duro el tío, ¿eh?

-Eso no es nada. El tío trajo un día una radio portátil, la primera, creo, que llegó a Concepción. Cuando mateaba, la ponía a un extremo del fogón. Después la llevaba a su cuarto; cuando salía a caballo se la llevaba consigo. Yo adoraba aquella radio. Nunca había visto una cosa más linda. La miraba desde lejos, la escuchaba toda estremecida. De noche, en mi catre, me desvelaba una o dos horas para oír la música o la voz que venía del cuarto del tío Gervasio.

Una tarde el tío fue a la cocina para matear y escuchar allí su radio. La sintonizó; pero no funcionaba.

El tío empezó a dar alaridos. Francisca, que me odiaba, le dijo que yo, que nadie más que yo debía de haberla descompuesto. Y no era cierto, mentía. Mis hermanos no estaban. Tío Gervasio me vio en el patio sacando agua con una soga larga y mojada. Vino y me agarró y me llevó a la cocina y me metió las dos manos en la ceniza bajo la hornalla más grande. Había brasas sobre la ceniza; había tantas brasas como ceniza. [118]

-¡Señora, señora! -le dije porque la hermosa mujer lloraba agachada sobre el escritorio, ¡Tranquilícese; eso pasó hace mucho tiempo! Usted es hoy una mujer triunfadora; sus libros le dan fama; la gente la quiere.

Se calmó poco a poco y cuando la respiración volvió a serle normal y después de enjugarse los ojos con un pañuelo que le ofrecí.

-Mi madre, -continuó por fin, con voz opaca-, cambió de especialidad para hacer cirugía plástica. Pudo llevarme al extranjero; había ganado una beca importante... Pero ¡mire usted mis manos, hoy...!

Me fijé en sus manos. Eran largas, finas, de dedos sonrosados y uñas muy cuidadas. Eran hermosas, como su dueña.

-¿Ve usted doctor, ve usted las cicatrices rojas?

No había ni rastros de cicatrices. Vi, sí, en el anular derecho, un solitario que lanzó un chispazo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

